

León Cortés Castro

Gran presidente, pésimo estadista

José J. Chávez Barrientos

"Genio y figura hasta la sepultura". Se cumplió este aforismo en la existencia de este personaje político costarricense. Nació como funcionario público; pero no funcionario de partido ni de jolgorio; funcionario austero y trabajador. Hizo sus primeras armas en el Magisterio Nacional; luego pasó a municipios y ministerios; tuvo posiciones de elección popular en el Congreso Constitucional de la República.

Fue hombre vertical y rectilíneo y estas características las imprimió en su vida privada y pública. En cuanto a la una y a la otra, se pueden extraer, recordatoriamente, algunas anécdotas que manifiestan perfiles de su existencia.

Para sacar al sol trapos limpios y sucios de la vida de un político, se prestan las campañas políticas. En una campaña se gritó que este candidato, cuando niño, tuvo el placer de sacarle los ojos a los gatos, para satisfacer su crueldad. Hasta hacer esta temeraria afirmación, llegó la crítica de sus enemigos.

Cuando fue administrador del Ferrocarril al Pacífico se le vio encajado en las locomotoras manejándolas personalmente, a muy tempranas horas de la mañana para controlar los trabajos bajo su dirección.

Cuando se fraguó el golpe de estado, abortado, para birlar la mayoría expresada en los comicios electorales de 1932, tres soldados, en posición de firmes, se pararon en la capital y salvaron la república: Cleto González Víquez, en el cuartel principal; Ricardo Jiménez, procedente de Cartago; y León Cortés, procedente de Alajuela.

En el Ministerio de Fomento su obra fue profusa, intensa, acabalada, con el buril de su carácter fuerte: virtudes que penetraron en la conciencia popular la cual, le pagó con una decisión mayoritaria a favor de su candidatura presidencial.

La evaluación legítima que hacía de los hombres se demostró en esta anécdota: siendo diputado, hizo un viaje

oficial con varios compañeros a la ciudad de Limón. Tomó el tren al Atlántico en la estación de San José; era imprescindible, para viajar oficialmente, la portación de la tarjeta que acreditaba al funcionario. Sus compañeros llevaban la tarjeta; Cortés la olvidó. Pasó el conductor inspector picando tiquetes; Cortés informa que es diputado presidente de la Cámara, bien conocido, pero, que olvidó su tarjeta, y le ruega dispensarlo. El inspector le replica: O presenta la tarjeta, o paga su tiquete; de lo contrario, lo bajo en la próxima estación. Está bien, contestó Cortés y pagó el tiquete; su nombre, por favor; Octavio Fonseca Villafranca, contestó el inspector ferrocarrilero. Pasó el tiempo, y Cortés llegó a la presidencia de la República; como hombre de garra, recordó al inspector que lo paró en raya y lo mandó a buscar. Presente el indiciado, le dijo: lo he mandado a buscar para ofrecerle el puesto de inspector general de conductores en el Ferrocarril al Pacífico. No puedo aceptarle, contestó Fonseca, porque he sido y soy su enemigo político. Mayor motivo para rogarle acepte mi oferta, replicó Cortés; y Fonseca aceptó y fungió magníficamente en el Ferrocarril durante la Administración Cortés. Naturalmente, si eran afines en su carácter.

Lacónico en su oratoria, estilo mazazo, su inquietud humanista la condensó en una frase pronunciada en un discurso dirigido a una nutrida multitud, en una noche memorable, en el Parque Central: "Tendré presente en mi gobierno que es necesario que bajen un poco los de arriba y suban un poco los de abajo". Así manifestó un eclecticismo mejoritario para su pueblo, sin aspavientos izquierdistas ni lujosas organizaciones. Fue humanista a lo republicano.

Su obra de gobierno fue metafóricamente expresada por su pueblo: "Gobierno de varilla y cemento". En efecto, su gobierno tuvo la resistencia de la varilla y la consistencia del cemento. Carreteras y edificios públicos a profusión, contruidos sólida y económicamente con los propios recursos nacionales bien dirigidos, sin empréstitos ni jaranas, ni impuestos excesivos, le valieron la admiración del pueblo y su resolución a volverlo a llevar a la presidencia de la República. Pero se le mordió la vuelta.

El gran presidente fue traicionado por el pésimo estadista. Como quiera que el presidente actúa con vista a un momento histórico; y el estadista, con visión a un futuro histórico; es el caso que León Cortés, de vista corta, fue un gran presidente en la realización inmediata de la obra de gobier-

no; y fue un pésimo estadista en la construcción mediata del futuro del país.

Así, se le vio enredarse en sus propias redes pasionales y obstaculizar a toda costa en su medio periodo, la carrera exitosa de un joven paladín guanacasteco que irrumpió en la atmósfera cívica de su pueblo con un nuevo mensaje de regeneración y valentía: el doctor Francisco Vargas Vargas. Se le miró extorsionar el consejo electoral en beneficio caprichoso de un candidato de sus simpatías.

Pero lo más grave de su miopía como estadista apareció al final de su administración, cuando estranguló la candidatura de su gran inspirador, Ricardo Jiménez, preferido por la voluntad popular en reconocimiento a su extraordinaria envergadura, para abrirle paso franco a su cruel azote, a cuatro años vista, doctor Calderón Guardia, enaltecido por una élite de favorecidos caritativos y desconocido del resto del país. Con esta decisión torpe y arbitraria León Cortés abrió las puertas al socialismo de estado: sacrificó la República y se inmoló él mismo. En aquel entonces ambos organismos perecieron.

Fue el "requiescat in pace" de la historia costarricense.